

Testimonio de Marta Guerra, burgalesa, numeraria del Opus Dei, que vivió 6 años en Kazajstán.

17-01-2007

Mi aventura kazaja empezó en agosto de 2001 cuando aterricé en Almaty para vivir allí una temporada que llegaron a ser 6 años.

En este marco del aniversario de la llegada de San Josemaría a Burgos y resumiendo mucho, os puedo contar cómo está calando su mensaje y oración en ese país de Asia Central.

En 1994, un Obispo de Kazajstán transmitió a Juan Pablo II el deseo y la urgencia de que fueran laicos católicos a vivir a ese país para que –entre otras cosas- los kazajos, rusos y otras personas de muchas nacionalidades vieran y entendieran cómo viven cristianamente personas normales y corrientes en su casa, en el trabajo, en la calle, y tuvieran la oportunidad de acercarse a Dios gracias al ejemplo de estas personas. Le aconsejé hablar con don Álvaro del Portillo, en ese momento Prelado del Opus Dei, y así fue como llegaron las primeras personas de la Obra a Kazajstán en 1997.

En ese ambiente mayoritariamente musulmán con secuelas de costumbres soviéticas - que han embrutecido tanto a la gente-, va influyendo la vida cristiana de los católicos que viven allí.

En y desde el trabajo -yo trabajé con empresarios rusos y kazajos- la gente empieza a reaccionar atraídos por la alegría y coherencia de vida, preguntando qué razones tenemos para vivir así.

Están entendiendo lo que significa el materialismo cristiano completamente opuesto al materialismo comunista.

Es una tarea apasionante en la que uno aprende muchas cosas buenas de cada persona que trata y en la que también se procura aportar fuerza y vida cristiana.

Ahora vamos a invitar a dos personas de allí a que nos cuenten su experiencia. Escribieron su testimonio en la web del Opus Dei en la sección de Kazajstán.

Es un botón de muestra de la siembra de paz y de alegría que difundió san Josemaría por todo el mundo.

Testimonio de Eduard, cooperador del Opus Dei nacido en Kazajstán.

Me llamo Edil (en kazajo, río Volga), y en "cristiano", me llamo Eduard.

De pequeño, viví en una pequeña yurta (una vivienda redonda típica de nómadas, que se monta con una estructura de madera y se cubre de pieles de animales) en la estepa, en una familia de pastores. Me encantaba tumbarme en la yurta, mirar hacia arriba y ver los pájaros en las alturas haciéndome preguntas.

Crecí con mis tíos, después con su hijo y esposa. Cuando llegó el momento de elegir profesión, trabajé como "capitán" de barcas navegando por el río Irtysh. Es una impresión inexplicable, sobre todo cuando llevas las barcas de noche y tienes tiempo para pensar. Por ejemplo: ¿tiene sentido mi vida?, ¿he nacido para algo concreto?, ¿existe Dios? ¿quién ha creado toda esta belleza? A la vez, escuchaba los cantos de los pájaros y voces lejanas de gente....

El río llega hasta la ciudad Tobolska. Allí fue la primera vez que entré en una iglesia ortodoxa, y medité sobre la vida, la fe, la existencia de Dios. Antes, cuando vivía con mis parientes ví como rezaban y a veces ayunaban. Pero en la época soviética, siempre nos decían que Dios no existía.

Cuando ves tantas opiniones contrarias empiezas a cuestionarte muchas cosas. Después, en la ciudad de Riga entré al principio en una iglesia luterana y después en una católica. Me gustó mucho. Así me enteré que existía la fe católica. El órgano, las imágenes de los santos, los ángeles. Así me surgieron muchas preguntas: ¿por qué crucificaron a Jesús? ¿para qué resucitó? ¿quién es la Virgen? ¿quién soy yo? ¿hacia dónde voy? Pero no tenía respuestas. Pero después de estas visitas a iglesias, que me impresionaron por su belleza, surgieron en mí sentimientos espirituales.

En Almaty conocí a un sacerdote del Opus Dei. Quedábamos y charlábamos sobre la religión católica. Me hablaba sobre el Evangelio, me daba literatura sobre temas espirituales, después le preguntaba sobre lo que había leído, sobre lo que no entendía y él me explicaba. Me invitó a una Misa en la iglesia. Y poco a poco nos fuimos haciendo amigos. Cada vez yo sabía más sobre el Nuevo Testamento, por lo que estoy infinitamente agradecido. Después conocí a otros miembros del Opus Dei.

El Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá, dice que todos podemos ser santos en y desde nuestro trabajo ordinario. Significa que cada uno puede llegar a ser santo. Y yo antes no sabía esto. Muy pronto fui cooperador del Opus Dei.

En el 2001 el presidente de Kazajstán, Nursultán Nazarbaev invitó al Papa Juan Pablo II a Astaná, la capital del país. Mis amigos católicos, miembros del Opus Dei, me invitaron, por lo que estoy profundamente agradecido, y fuimos al encuentro con el Papa.

Llegamos a la plaza donde iba a ser el encuentro. Llegó el Romano Pontífice y nos fue bendiciendo a cada uno: a los católicos, a personas de otras religiones, a los curiosos que habían venido para verle y a los ateos. A todos. O sea, a mí también.

Después tuvo lugar la Santa Misa. Después de esto, empecé a ver la vida de otro modo. Mi visión cambió hasta tal punto que pensé seriamente en bautizarme.

En el 2002, de nuevo estuve con el Papa y esta vez con ocasión de la Canonización de san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, en el Vaticano. El 6 de octubre estaba en la plaza de san Pedro donde nos reunimos peregrinos de todo el mundo. El momento culmen y más feliz fue cuando, por fin, Josemaría Escrivá de Balaguer fue canonizado, seguido de la explosión de alegría de los presentes.

En Roma recé y pensé mucho. Sobre todo pensé en los mártires, que dieron su vida por la fe. Visité las catacumbas y decidí convertirme al catolicismo. Después de un tiempo de catequesis, aprendí muchas cosas que no sabía antes. Por ejemplo, que Dios creó todo, que no nací por casualidad, y que Él tiene un plan concreto para mí. Y me bauticé en la PASCUA.

Mi fe me ayuda en el trabajo y en mi familia. La oración diaria y el Santo Rosario me dan más paciencia y comprensión con la gente. Incluso, cuando en el trabajo estoy muy cansado pienso en Jesús en la Cruz muriendo por nosotros, y entonces me digo: "tengo que continuar". Y otra cosa importante es que tengo respuestas para las preguntas más importantes de la vida. Y ahora cuando descanso después del trabajo, y contemplo los pájaros en el patio, escucho el ruido de las hojas, y otros sonidos, veo detrás de estas cosas a Dios, que viene a mi encuentro.

Testimonio de Irina Saprónovna, profesora de ruso en la universidad KAZNU.

Soy de la generación de gente, cuya infancia, juventud y madurez transcurrieron en la época soviética, años 60-90.

Aunque mis padres eran cristianos ortodoxos, por razones obvias, no pudieron bautizar a sus hijos. Y nosotras, yo y dos hermanas, nos bautizamos cuando éramos adolescentes, en los años 90, en la época de la "perestroika" cuando la gente ya podía dirigirse a Dios libremente y sin miedo. Creo que mi historia es bastante típica y podrían firmarla cientos de personas de los países de la antigua unión soviética.

Pero mi destino cambió cuando me encontré con gente del Opus Dei, que influyeron tanto en mi vida. Esto no fue casualidad, sino Voluntad de Dios.

Sobre todo me llamó la atención la homilía del fundador del Opus Dei Josemaría Escrivá de Balaguer en la liturgia del 8 de octubre de 1967 en el Campus Universitario de la Universidad de Navarra. Homilía titulada AMAR AL MUNDO APASIONADAMENTE,

(...) Leí esta homilía de un tirón y fue como un respiro de aire fresco en la atmósfera agobiante, en la que vivíamos. Los cristianos estamos llamados a hacer endecasílabos de la prosa de cada día (...). En el Opus Dei ví gente normal y corriente que viven en armonía con Dios, sin salir del mundo, sino en medio de todos los asuntos y problemas, por ejemplo, del trabajo y estudios. Y entendí que yo también puedo vivir así.

Leí todos los libros de san Josemaría Escrivá que se publicaron en ruso y encontré en ellos lo que no tenía en mi vida: encontré respuesta a la pregunta ¿cómo vivir?

Cuando fui cooperadora del Opus Dei, entendí que puedo apoyarme y confiar en la ayuda espiritual y oraciones de los miembros del Opus Dei, y que yo misma puedo ser apóstol. Entendí que no me podía estancarme y conformarme, si no que tenía que crecer siempre en mi vida espiritual, avanzar. Descubrí esa tercera dimensión de la que habla san Josemaría en su libro "Camino" (...)

Siempre le pido ayuda, miro su fotografía y creo que me escucha y que me ayuda, por ejemplo durante una operación que sufrí hace poco.

Ahora puedo decir con total seguridad: Encontré lo que buscaba. Encontré a Dios. Dios para mí es el aire que necesito para respirar. Y en el Opus Dei aprendí a encontrar a Dios en las cosas más materiales. SOY FELIZ.